

La Europa del alma

JUAN VAN – HALEN*

Es el gran reto de la construcción europea. El camino de la economía y de la política en un trabajoso esfuerzo de complicidades, superando recelos; en cierto sentido, superando las trampas de la propia historia. Se alza la Europa de los mercados, del plural aliento del desarrollo y del bienestar comunes, del empleo recuperado y de horizontes prósperos. La Europa de la educación y de la cultura desde dimensiones nuevas. Y también la Europa del alma, del ensueño, de la magia que hay al otro lado del espejo. La Europa que no se encierra en guarismos. La Europa lírica que acaso alza su latido tras la eterna interrogación: ¿Hay lugar en un tiempo como el nuestro para ese manantial indefinible que es la poesía?

Toda poesía es condensación. El poeta se sirve de particulares y generales alambiques para la fabricación de un añejo aguardiente. Unas veces, las influencias de la cultura en que nació o sus propias experiencias vitales serán las decisivas; otras, modelos reiterados, sucedáneos de sentimientos, mostrarán como cromos repetidos versos y poemas que ya otros escribieron y sintieron. (En un libro inédito, “Los mapas interiores”, dedico un poema a esa tremenda verdad:

* Presidente de la Asamblea de Madrid.

todo, en definitiva, está ya escrito. Nada es nuevo, y estamos condenados a llevar a nuestras palabras lo ya mil veces desentrañado en otras a lo largo de los tiempos). Las menos de las veces, la lírica volverá por los fueros de sus raíces y tomará la esencia de una oración o de un conocimiento esotérico o filosófico. Pues hay que creer, según Coleridge, que en la historia de todas las culturas nunca ha existido un gran poeta que no fuese al mismo tiempo un gran filósofo.

La lírica fue el tercer género tradicional al lado de la épica y el drama, siempre bajo el signo de la música, pues lírica parece provenir del griego “liricós”, perteneciente al toque de la lira. Nos lo advertía Voltaire: “La poesía es necesaria al hombre, y quien no ama la poesía posee un espíritu seco y pesado; los versos son, en realidad, la música del alma”.

Musicalidad, ritmo y simbolismo son sus elementos estructurales más importantes. Así, unos poetas se definirán bien por su conexión con los más íntimos centros telúricos, bien por su capacidad reveladora: “No soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja, sino un pulso herido que presiente el más allá”, dirá Federico García Lorca. “Un gran poeta es menos un inventor que un iluminador”, precisará Jorge Luis Borges. Como si todos ellos supieran que, al fin, la poesía es, en lo esencial, una obra que hace aparecer lo invisible.

Sea como fuere, entrañables postales de feria o enigmáticos mensajes en una botella marina, lo cierto es que no podría entenderse a una cultura, y menos que ninguna a la europea, sin la lírica. Hay que pensar que, de hecho, las mentes más claras del continente siempre han clasificado de bárbaro a quien no comprendía la voz de la poesía.

La razón y la ciencia han levantado el imponente edificio de la Europa moderna, pero éste nada sería, o en todo caso mero cascarón vacío, sin dos elementos fundamentales: los cimientos que lo mantienen en pie y su idea arquitectónica que lo estructura y le da señas de identidad. Y que, suceda lo que suceda, le señala el camino incluso en sus momentos más destructivos. Y así lo creyeron los escritores de la segunda posguerra mundial cuando estimaban que moribunda o no, sin duda amenazada, Europa parecía pensar menos en términos de libertad que de destino.

Porque, acaso, la verdadera fuerza del poema es su no ostentación de fuerza. Así, de la misma manera en que las bases de un edificio no son visibles una vez contruidos los muros, pero sus espectadores son conscientes de su subterránea existencia y alaban su fortaleza para mantener en pie la construcción, la lírica suele actuar como cimiento, a veces veneciano (miles de antiguos árboles clavados en los limos de una laguna sosteniendo edificios de piedra y mármol), a veces tallado en la misma roca. Pues el poeta da a la nada aérea una morada local y un nombre.

Sin la existencia de la poesía (aunque oscura, menospreciada y a veces casi inexistente) no sería posible la creación y el desarrollo de una sociedad. De hecho, la sensibilidad de los poetas clásicos ya habían comprendido que la vida sería una eterna crueldad si no existiese la poesía. Pues ellos estimaban también que la poesía nos da lo que la naturaleza nos niega: una edad dorada que no se marchita; una primavera que no cesa de florecer; una felicidad sin nubes, y una juventud eterna.

Porque no hay que olvidar, como nos enseña la historia, (y la historia para Carlyle es “la poesía verdadera”) que a los pueblos que saben continuarse a sí mismos a través del tiempo, es decir que se rescatan de los accidentes naturales o de las agresiones externas, no los salvan y preservan sus

poderosos ejércitos o el auge de sus negocios. Son la pujanza de sus instituciones y las creencias e ideas enraizadas en los pueblos las que les permiten sobrevivir y continuarse.

Es, por tanto, este doble edificio y su perfecta conjugación (el subterráneo de las ideas y el externo del canon arquitectónico) el que suele definir ante nuestros ojos lo que es una verdadera civilización y cultura, más allá de un simple conjunto de personas, del mismo modo que una catedral se distancia de un montón de piedras o de la montaña de la que se extrajo el material preciso para su construcción.

De ahí el carácter atemporal de la poesía, como siempre se ha estimado en las más diferentes culturas, pues, desde la corte de Carlomagno a la de Al-Mutamid, el poeta ha sido una figura heroica y en cierto sentido misteriosa, que pertenece a todos los siglos, y que, una vez se ha manifestado, la poseen todos los siglos. Y su colocación, según estimaba el pensamiento romántico, debía encontrarse en lo más alto de las instituciones. El cantor, así lo pensaban, debía acompañar al rey, ya que ambos moraban en las cúpulas de la humanidad.

Por ello, nadie puede pensar que Europa y su propia concepción pueden entenderse sin sus auténticas raíces, sin aquello que le da vida y permanencia; es decir sin la condensación de sus fenómenos espirituales y sin la lírica que es la que los plasma en algo fugaz o permanente, oral o escrito, pero estructurado y unido en el tiempo como un desfile de antorchas en la noche, pues podría decirse que en los poetas sueña la humanidad.

Pensar en una Europa donde no tuviera lugar la lírica o donde no hubiera un espacio singular para los poetas (sin Eliot, Lorca, Mallarmé, Rilke, Pessoa o Kavafis) sería un absurdo, del mismo modo que lo es pensar en un árbol sin raíces o en una casa sin cimientos.

Por cualquier lado que se mire la historia de Europa, se percibirá muchas veces, como en una tragedia de Shakespeare, un tejido de crímenes, locuras y desgracias, según acusó Goldsmith. El contrapunto a esa visión sórdida y cruel es la poesía.

Y aunque la misma Europa del presente/futuro se centrara en sus negocios, en la economía, en la informática o en los medios audiovisuales omnipotentes y omnipresentes, nada podría hacer contra la lírica, pues en el mismo corazón de los europeos seguirán naciendo, una y otra vez, así como crecen los glaciares en los mares del norte, palabras y emociones que necesitarían un verso, un latido del alma, para existir. Y no podría ser de otra manera pues ya nos advirtió Neruda que “sobre la Tierra, antes que la escritura, existió la poesía”. El invisible lazo que ata el ser del hombre y el ser colectivo de los pueblos. La esencia del todo.